

CAPITULO XLVI.

La labor de Díaz.

Díaz ha enseñado al lobo á vivir tan pacíficamente con el cordero como si no mediara entre ellos la menor antipatía. Ha obligado al partido de la Iglesia á reconocer, que sin haber cedido en lo más mínimo en sus principios de republicanismo y democracia, le merece más confianza para asegurarle sus garantías, el representante del partido de quien ha sido antiguo é inveterado enemigo, que cualquier otro individuo ó partido que tenga la ambición de escalar las gradas del poder. Ha enseñado á las clases privilegiadas á mirar sin la menor desconfianza sus planes para la formación de una clase media poderosa, para el mejoramiento de las condiciones del pueblo y su educación, para romper las antiguas barreras que separaban las clases altas y las bajas, enseñando á todos, ricos y pobres, que es insostenible la antigua idea de los aristócratas, de creer que todo trabajo material rebaja al individuo. No se han alarmado cuando han visto enseñar en las escuelas públicas, que una humildad humillante en presencia de nuestros superiores, conduce únicamente á la degradación de la nación, que no es otra cosa sino el conjunto de individuos que la forman.

Ha enseñado al rico propietario, al habitante pudiente de las ciudades y de las poblaciones grandes, al erudito, al hombre de alta alcurnia y educación, al político, al soldado, al sacerdote y al seglar, á los pobres lo mismo que á los ricos, que el mantenimiento de la paz está sobre todas las pequeñas consideraciones de partidos y credos y sobre todo los intereses locales. En otras palabras, ha puesto los cimientos de la nacionalidad mexicana, cimientos que, en el verdadero sentido de la palabra, no habían existido antes, desde la época de la conquista española, hasta

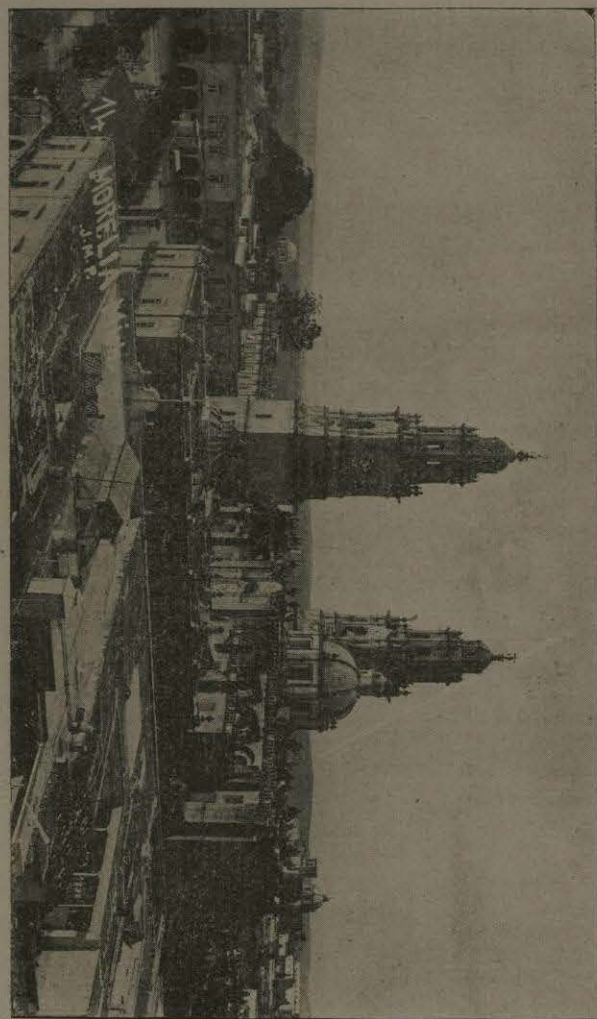


GENERAL PORFIRIO DÍAZ.

el año en que Porfirio Díaz tomó las riendas del poder como Primer Magistrado de la Nación. Muy cierto es que hay aún abusos que corregir, reformas que implantar y toda una inmensa labor delante, antes que el pueblo mexicano pueda vanagloriarse de haber caminado por la senda del progreso, al igual de las naciones modernas más adelantadas. Sería un verdadero milagro si no fuera así, y los milagros no son frecuentes en nuestros días; ni ha registrado la historia el caso de que ellos intervengan en la vida de las naciones, para apresurar el lento proceso natural de la evolución social y política de los pueblos. Grande como es la labor de Porfirio Díaz, no es sino el principio de una estupenda evolución social, que continuará hasta que la ignorancia y la superstición queden eradicadas de México. Y si bien lo que falta por hacer, es labor colosal, igualmente grande es la que se ha llevado á cabo durante el último tercio de centuria.

El trabajo de Porfirio Díaz en México ha sido progresista, y progresista continuará siendo. Es á lo que tienden los esfuerzos del mismo Presidente y de los distinguidos colaboradores de que se ha rodeado. Al principio de su administración sus esfuerzos se dirigieron principalmente á constituir un gobierno estable, á organizar las finanzas de la República y á reconciliar las varias facciones, que con sus antipatías habían mantenido á México, durante cincuenta años, en un estado casi continuo de guerra civil. Desde los albores de su administración demostró siempre su gran habilidad administrativa, su vigor para el trabajo, sus maneras afectuosas, el saber hacer atractiva su presencia, y su discreción para rodearse de los hombres más distinguidos. Como empezó así ha continuado, y hoy más que nunca, su administración es de lo más progresista: todo lo abarca: corrige abusos, reforma departamentos, protege industrias, difunde la instrucción pública y favorece la inmigración. "Mucha administración y poca política," ha sido durante los treinta años del go-

bierno de Díaz la clave de su conducta. Y esta es la explicación de su actitud hacia todas las facciones y partidos del país; actitud que le fué impuesta por las mismas condiciones en que encontró la República cuando por primera vez asumió las riendas del gobierno. Con su notable genio para abarcar la situación comprendió, que si se quería que México progresara como habían progresado otras naciones más afortunadas, debía reunir todos los esfuerzos y energías y dirigirlas á un fin único: el de la paz y el progreso. Para lograr esto era necesario reducir á la inactividad á los pseudo-políticos que habían sido el azote del país durante tanto tiempo. Mas Porfirio Díaz es un profundo conocedor de la naturaleza humana y comprendió que las actividades individuales constituyen fuerzas vivas que deben ser siempre aprovechadas por toda administración que persiga el éxito. Todas esas energías, que mal dirigidas habían sido la condenación del país durante largos años, bien encauzadas serían un valioso contingente para el buen gobierno de la nación. Muy superior á sus predecesores en la presidencia de la República y como hombre digno del elevado puesto á que había sido llamado, se manifestó muy por encima de las pequeñeces de facciones y partidos. Genuinamente patriota, sin ambición de títulos y riquezas y poco afecto á la ostentación, se dedicó honrada y abnegadamente á la tarea de gobernar á México, sin otras miras que el bien y utilidad de su pueblo; y comprendió que para realizar su anhelo debía de hacer uso de todos los medios honrados á su alcance; debía enseñar á los ciudadanos, que ostentosamente se proclamaban patriotas, que el verdadero patriotismo consiste en preferir el bien del país á la satisfacción de ambiciones bastardas, individuales ó de partido. La habilidad que tuvo para rodearse de las inteligencias más preclaras del país y empeñarlas en la noble tarea que se había impuesto de procurar la regeneración de su patria constituye, sin duda alguna, la página más brillante de la historia de México. Fué su



VISTA DE MORELIA, MICHOACÁN.

poderosa inteligencia la que todo lo ha dirigido; sin embargo, sus Ministros de Estado y muchos de los que hoy ocupan altas posiciones oficiales en su gobierno, han asegurado al autor de estas líneas más de una vez, que nadie podría superar á Porfirio Díaz en la cortesía y respeto que siempre manifiesta por las opiniones de sus colaboradores. Se hace cargo en el acto de cualquier situación, por difícil que sea, y en casos de gran emergencia, resuelve sin demora y obra con la seguridad de quien sabe exactamente lo que hace; no obstante lo cual, siempre escucha con la mejor voluntad las opiniones de sus consejeros y las estudia cuidadosa y concienzudamente. Es esta cortesía, esta tolerancia por las opiniones ajenas, esta precisión en el obrar y habilidad para mostrar que sus acciones obedecen siempre á causas justas, lo que ha puesto en manos de Porfirio Díaz, en el transcurso de los años, un poder tal que muchos soberanos autócratas pudiera envidiar. Es un poder que le ha llegado de una manera legítima, como resultado de su abnegación por servir siempre los intereses de su patria y de no tolerar entre sus colaboradores hombres que tengan otras ambiciones que no sean la prosperidad y el bien de México.